

tierra, ni el cielo *anuncien tanto* como el pudor de los sonrojos de su señora:

“Pues hallo, *si me fijo* en tu semblante,
 Más mundos, luz, misterios y *opulencia*
 Tras los *limpios* cristales de tus ojos....”

Sí hallará usted, sobre todo *opulencia*, si es que la señora marquesa era rica; pero me parece que eso de la *opulencia* no lo hallará usted tras (es el 4.º tras de la corrida) no lo hallará usted tras de los lentes de su señora, sino tras de alguna gabeta ó tras de la cerradura de algún cortijo.

Y diga usted, hombre, y perdóneme la señora marquesa, tan oficiosa é inoportunamente traída al soneto, diga usted: ¿Le parece á usted que ese *pues hallo, si me fijo*, sobre todo ese *si me fijo*, es poesía?

Pues no lo es.

XII

PERO venga usted acá, señor vizconde de Campo Grande, antes D. Plácido Jove y Hevia; venga usted acá, víctima inocente del único chiste que se conserva todavía en la redacción de *El Siglo Futuro*. . . ; chiste tan sencillo, que consiste en escribir el nombre de usted con letras mayúsculas; venga usted acá.

Y dígame usted, por su vida conservadora: ¿Quién le ha engañado á usted?

Porque la verdad es que le han engañado á usted en ambos efectos, como dice la ley de Enjuiciamiento civil tratando de las apelaciones. En el efecto *suspensivo*, induciéndole á usted á escribir versos que dejan suspenso al más pintado; y en el efecto *devolutivo*, induciéndole á usted á pedir que le devolvieran ese título de vizconde, abandonado por su abuelo de usted, que santa gloria haya.

Y es indudable, para mí es indudable, que le han

engañado á usted en las dos cosas, siendo lo peor de todo el que se haya usted decidido por ambas.

Porque, mire usted: si se hubiera usted contentado con una cualquiera de las dos, no hubiera usted caído en mi poder, ni en el riesgo inminente de pasar á la posteridad vestido de ignominia literaria, en esta colección de figuras de barro más ó menos aristocrático.

Si se hubiera usted concretado, por ejemplo, á ser simple vizconde, sin cometer sonetos ni otros crímenes literarios, nada hubiera yo tenido que ver con usted para este fin, como no tengo nada que ver con otros condes y marqueses muy nuevos y muy insignificantes, que se suelen llamar de Casa Sedano, de Retortillo, de Trives, de la Viesca de la Sierra y de otras mil cosas por el estilo, pero que no se han metido en versos, ni aun en prosas.

Y al revés. Si se hubiera usted concretado á hacer malos versos, pero sin haberse revalidado de vizconde, tampoco resultaría usted procesado en esta causa criminal que estamos siguiendo el sentido común, la poesía y yo contra todos los malos versificadores que llevan corona.

No había de ser usted de peor condición que Cañete, y D. Pedro Madrazo, y Cánovas, y Marcelino Menéndez Pelayo, y Mariano Catalina, que hacen tan malos versos como usted y como cualquiera, y, sin embargo, por su calidad de plebeyos quedan libres.

Digo, quedan libres por ahora; pues no sería extraño que más adelante se les abriera proceso en pieza separada, bajo el rótulo de *Ripios académicos*.

En fin, el caso es que usted se ha dejado engañar, y ya no tiene remedio; pero, ¿quién le ha engañado á usted? Vamos á ver. . . .

Siempre sería Cánovas. Lo que es el que le metió á usted á sonetero fué D. Antonio Cánovas, de seguro. Rivalidades de clase; porque ya sabe usted que D. Antonio también es *vizconde*. . . al natural. A más de que ese es el oficio del diablo, y de D. Antonio, que le imita en eso y en otras cosas. El diablo, ya que él está perdido, procura perder á los demás. Y D. Antonio, ya que él hizo aquellas fechorías poéticas de *Los amores de la luna* y *La golondrina aventurera*, procura hacer caer á los otros en iguales delitos.

Y usted, pobre hombre, digo pobre vizconde, inexperto é incauto, pero no impermeable á las malignas insinuaciones de D. Antonio, ha caído usted en el garlito.

Quiero decir, en el soneto.

Que, por supuesto, es malo; pero tan malo, que mereció ver la luz pública en las columnas de *La Correspondencia*.

Eso sí, después creo que le recogió también *La Ilustración Española y Americana*; pero las primicias de la publicidad fueron para *La Correspondencia*. Y cuando *La Correspondencia*, que jamás había publicado versos, por muy malos que fueran, ni creo que los ha vuelto á publicar después, hizo con el soneto de usted, señor vizconde, una excepción, digo. . . . ¡Si será malo!

Véase la clase:

“AL REY.”

RIPIOS ARISTOCRÁTICOS.—P. 8.

Nada menos: estos vizcondes no se andan por las ramas.

Y se advierte que el soneto fué disparado en una boda, no sé si con la mala intención de asustar á los convidados, ó con la peor todavía de aguar, si fuera posible, la felicidad de los novios.

Adelante.

“Ayer el rey proscrito y *desgraciado*;
(*¡Más respeto hacia el jefe del Estado!*)

“Ayer España triste y *dividida*;
(*Por varios ríos en veloz corrida.*)

“Ayer el rey en anhelosa vida,
(*E-na-ne-losa ¿qué? ¡Si se descuida!*)

“Ayer España en angustioso estado.”
(*Porque aun estaba usted sin vizcondado.*)

¿Qué tal les parece á ustedes el *ayer* de Don Plácido Jove? ¿Mal? Pues lo siento, porque el *hoy* es peor todavía.

El hoy es el segundo cuarteto; que así como el primero dice en todos sus versos *ayer, ayer, ayer, ayer*, el segundo dice *hoy, hoy, hoy, hoy*, (como si le estiraran las orejas).

No faltaba más sino que los tercetos dijeran *mañana, mañana, mañana, mañana, mañana, mañana*, para que el soneto de D. Plácido pudiera titularse: *Ayer, hoy y mañana*, como la obra de D. Antonio Flores, Dios le haya perdonado.

Y Dios le perdone también á D. Plácido todos sus pecados, hasta el del soneto inclusive.

Que es pecado y aun crimen mucho más grave de lo que parece.

En un país bien organizado y moralmente regido, es decir, donde no gobernarán los conservadores, un soneto así se castigaría lo menos con cadena perpetua.

Y las accesorias.

Como inhabilitación absoluta perpetua para todo cargo y soneto político.

Que es lo mismo que dijo ya un poeta reaccionario, describiendo tiempos más bonancibles:

“La libertad de imprenta en el infierno
Aun se albergaba, y la censura previa
Por auto prohibió de buen gobierno
Que escribiese sonetos Jove y Hevia. (1)

Lo cual era muy justo dentro del sistema preventivo.

Pero hoy que seguimos el represivo. . . . veamos el hoy:

“Hoy nuestro rey sobre el pavés alzado,
(*¡Pavés! . . . el adoquín afrancesado.*)

“Hoy nuestra España alegre enaltecida;
(*¿Alegre? . . . si el vizconde la convida.*)

“Hoy nuestro rey en su nación querida,
(*No sé cómo glosar esta salida.*)

“Hoy nuestra España con su rey amado.”
(*Sistema socorrido y descansado.*)

Porque es claro, si está ella con él, no puede menos de estar él con ella.

[1] *Historia del corazón.*

Y vamos al *mañana*; es decir, á lo que debiera ser mañana ó nunca: á los tercetos:

“Nuestra ley natural es *su* bandera....”

¡Qué barbaridad! digo, no, ¡qué barbaridades!

Porque son varias. La primera, la de no decirnos por lo claro de quién es la bandera, si del “rey amado” ó de “la nación querida;” la segunda, la de dar á entender que el “rey amado” tiene por bandera la *ley natural*; la tercera, la de que no se sepa tampoco á punto fijo si Don Plácido quiere decir que “*su* bandera,” es decir, la bandera de quien sea, es nuestra ley, la ley que naturalmente debemos seguir, ó si quiere decir, como dice, que la *ley natural*, es decir, la ley de la naturaleza es la bandera del sujeto á quien se refiere el *su* de D. Plácido. . . . ¡Y todo esto en un solo verso, en el primero del primer terceto! . . . ¿No es verdad que la cosa promete?

Los otros son así:

“Su amor el sol que nuestra tierra baña.”

Donde tampoco se sabe si el vizconde dice que el amor del sujeto del *su* nos sirve de sol, es nuestro sol, ó si es que el sol es su amor, es decir, que está enamorado del sol el sujeto á quien el *su* se refiere.

“Su dicha, nuestra dicha verdadera,”

dice el último verso del primer terceto, por decir algo que no sea verdad ni poesía; y por último, el segundo terceto se descuelga con. . . lo siguiente:

“Con el rey llega el bien y *huye la saña*. . . .”

¿Qué tendrá que ver la llegada del bien con la huída de la saña? . . . Lo mismo que el vizconde con las cuatro tómporas. . . .

“Con el rey llega el bien y *huye la saña*,
Y hoy que al tomar augusta compañera
El es feliz, será feliz España.”

Es verdad. Consecuencia legítima. . . . Pero no quiero hacer más comentarios, porque sería el cuento de nunca acabar, ya que aquí todo es ripio!

¡Todo! La *saña*, la huída, la llegada, el *tomar* hermosa compañera como se toma una jícara de chocolate, y España, y la felicidad, y hasta el rey es aquí un verdadero ripio. . . . aquí en el soneto del vizconde.

Nada, no quiero hacer ya más comentarios ni sobre la huída de la saña, ni sobre la llegada del bien. Al contrario, creo que también voy á huir yo aunque sea con la saña, por no quedarme con el vizconde ni con ninguna de las felicidades y demás admiñuculos de su soneto.

¡Ah! Una palabra para concluir, Sr. D. Plácido. Si quiere usted pasarse por la Academia de la lengua, dígaes usted á aquellos señores y á Pidal que he dicho yo que sí; que le admitan á usted, que bien merecido lo tiene.



XIII

Un nuevo tomo de poesías y compuestas por un marqués. . . .”

Debo advertir á ustedes que no es mía la exclamación, aunque lo parezca.

Ahí donde ustedes la ven, es de Marcelino Menéndez Pelayo.

Y lo grave del caso es, que con ella empieza Marcelino el prólogo que, en su calidad de prologuista de todos los libros que ven la luz pública, se ha creído obligado á poner á un tomo de versos del marqués de Heredia.

El principio del prólogo, como ven ustedes, no puede ser más oportuno. Y es que al portentoso joven montañés le pasa, por lo visto, algunas veces lo mismo que á *La Correspondencia*, que hace, sin querer, sátiras terribles.

Porque, eso sí, después ya advierte Marcelino que aquello no lo dice él, sino que exclamarán así muchos de los que abran el tomo; mas, por de pronto,

ya lo ha dicho, y los lectores lo han leído, y la primera impresión es la que vale.

¡Lástima que el rasgo del joven prologuista no sea del todo original!

Que no lo es; porque se parece mucho al del predicador aquel que, precedido de grandísima fama, se subió al púlpito de una aldea y exclamó con voz estentórea: *¡No hay Dios!* quedándose callado por espacio de dos ó tres minutos.

Y sólo cuando los feligreses, asustados en el primer instante, se preparaban á tomar contra él alguna medida salvadora, como la de hacerle bajar del púlpito, considerándole caso patológico, añadió á media voz: "*Dicen los ateos.*"

Lo que hay es que aquí andan invertidos los términos; porque no es la exclamación inicial del prólogo, sino las explicaciones que vienen detrás, las que pueden acusar, ya que no locura, por lo menos debilidad y condescendencia.

Mas, dejemos el prólogo y vamos al grano. O á la paja, que en esto puede haber opiniones. En fin, á los versos del marqués coleccionados en el libro que, por supuesto, está impreso con lujo.

Es otra condición de todos los libros que no sirven. Ya se sabe, muy buen papel, tipos nuevos, y prólogo de Menéndez Pelayo.

Y versos rematadamente malos, ó prosa de la misma calidad; ó verso y prosa de la misma índole, como sucede en el caso presente, porque de todo hay en la vifia del señor. . . marqués de Heredia.

De los versos dice su apologista que "son versos *íntimos*, y como tales deben ser juzgados. . ."

Y es verdad que son versos íntimos, y hasta case-ros, pudiera decirse.

Ahora lo que yo no sé es cómo deben ser juzgados los versos *íntimos*.

Y es cosa que me apena. Porque precisamente casi todos los versos de los marqueses son versos *íntimos*, así, domésticos, para andar por casa, y hay ocasiones en que me siento embarazado. . . como dijo una vez mi tocayo, el de Lillo, desde el banco azul del Congreso, con estupefacción de las tribunas.

Se me ha acusado de meterme en la vida privada, porque me compadecí de una marquesa á quien su marido dedicaba sonetos, que de seguro la harían ruborizarse si los leyera.

Acusación injusta ciertamente; porque yo no tengo la culpa de que haya marqueses que se empeñen en enterar al público de todas las interioridades de su casa, y hagan una oda filosófica sobre cualquier disgustillo conyugal, de esos que nunca faltan, aun en los matrimonios mejor avenidos.

Yo censuro los malos versos dados á la luz pública, los malos versos que se venden en las librerías ó que sirve á sus suscritores *La Ilustración Española y Americana*. Si hay mal en hablar de ciertas cosas, no es mía la culpa, sino de los marqueses que hacen sonetos interiores.

Y que los publican, pues todavía no es lo peor hacerlos, sino publicarlos.

Porque, como todo va en temperamentos, yo concibo que haya marqueses que reformen el aforismo aquel de los jugadores, que dice: "A mal dar, tomar tabaco," y digan: "A mal dar, hacer odas," y se

desahoguen de cualquier berrinche escribiendo tres ó cuatro estrofas pedestres, vengando su rabieta en la literatura que no tiene culpa maldita.

O viceversa; que al sentirse víctimas de un acceso de gozo, tomen los trastos de escribir, que para ellos son los trastos de matar. . . . el buen gusto, y se dejen caer con un soneto hasta la empuñadura. . . .

Pero, ¿para qué imprimen esas cosas, es lo que yo digo? ¿Qué le importan al aficionado á las bellas letras sus alegrías ni sus pesares? ¿Qué necesidad tienen de mostrar sus debilidades *coram populo*?

Coram populo, ¿estamos? no *coram populi*, como dice un tal Leandro Herrero, escritor, ó cosa así, de la clase *alabarderos* rasos, variable en política, inconstante en la dirección del incensario, y persona en quien la presunción se extiende mucho más que los conocimientos.

Los cuales no son, con todo, tan escasos como para no saber, ó al menos sospechar, que *populi*, en latín, quiere decir *del pueblo*.

Y como por otra parte, ó por la misma, *coram* quiere decir *delante*, y en castellano se dice: "delante del pueblo," se conoce que D. Leandro la primera vez que leyó *coram populo*, maravillado de su propio saber, lo juzgó ignorancia del que lo había escrito, y decidió formalmente enmendarle la plana escribiendo *coram populi*, cuando viniera á pelo.

Y aunque no viniera.

Mas dejemos en paz á este Herrero y á todos los herreros del mundo, para volver sobre los marqueses de los versos íntimos.

Que no son pocos, porque casi todos los marquee-

ses que escriben versos los escriben así; pero lo que es el de hoy, es decir, el de Heredia, deja atrás á todos en esto de aplicar los versos á las necesidades ordinarias de la vida.

¿Que la criada le ha puesto el agua para afeitarse casi fría? Pues una oda que empiece, verbigracia:

"Cuanto mi vida durará mi pena,
Un nuevo desengaño llora el alma,
Que cubre de dolor mi faz *serena*,
Que niega al corazón la dulce calma. . . ."

¿Que el zapatero no le ha traído hasta el domingo por la mañana unas botas que le había ofrecido traer el sábado por la tarde? Pues soneto al canto:

"¡Cuán de improviso la ventura humana
En quimera se cambia y en *olvido*
Y qué breve es el bien *dulce y querido*
De que el *pobre* mortal *ciego* se ufana,
Siempre anhelando el día de mañana. . . ."

Etcétera. Porque todo lo que sigue es así, tan poético como este quinto verso:

"¡Siempre anhelando el día de mañana!"

¿Que no le gustó el postre? Pues otro soneto:

"Engendra la experiencia de la vida
Honda tristeza, amargo desaliento. . . ."

¿Que se le muere un niño á un amigo suyo?
Pues á empeorar con una oda la situación del desgraciado padre, diciéndole:

“Vengo á llorar contigo,
Que la *tierna* oración al cielo llega
Del padre y del amigo....”

Y lo demás que sigue en correcta prosa, como:

“No es del cielo venganza
la pérdida que lloras, *Manuel mio*....

“Cese tu desaliento,
de tu delirio *doma la porfia*,
pon fin á tu tormento:
que ya la noche es día
para el hijo *que tanto te quería*.

“Exclama de fe lleno
sin temor de la duda el *rayo impio*,
con ánimo sereno:
¡Señor, yo te *glorio*....”

Etcétera. Que también yo le *glorio* al marqués
con ánimo sereno.

Y eso que con todas estas cosas, digo, con todos
estos versos, no hace uno poco en conservar la se-
renidad.

Una cosa buena tienen, sin embargo, las *compo-
siciones* de este marqués, y es que son cortitas. *Un
soneto*, es decir, catorce *versos* juntos, ó tres estro-
fitas aplantilladas por las de Fray Luis de León, es
lo más que dedica á cualquier asunto. Sólo alguna
vez se suele *correr*, como dice Posada Herrera, has-
ta veinte versos.

Pero en cambio de ser cortas, tienen de malo las
composiciones del marqués que son muchas, y allá
viene á salir la cuenta.

Como que el señor marqués que ya va teniendo

su edad, ha reunido en este tomo todos los versos
que ha hecho desde que tiene uso de razón.

Y desde antes, que ya antes de tener uso de razón
probablemente los haría, pues no veo yo que sea
necesario el uso de razón para hacer cierto género
de versos.

¡Oh! y eso sí, tiene versos á todo. ¡Qué fecundidad
y qué prodigalidad la del marqués! Tiene versos á
todo, hasta á su suegra....

Y á Cañete.

Y á la Marina.

Y á los fusilamientos de Querétaro.

Y á Francia, y á la virtud, y á Carlos Perier....
y á todo, vaya, á todo.

A la virtud la dice:

“¿Quién la maldad del pecho
Que *cautelosa* nace y *escondida*,
Quién la mueve á despecho?
La virtud *no fingida*
Que *recelosa* vive y *prevenida*.”

¿Lo entienden ustedes?... Pues tampoco yo....
Ni el marqués.

En otro género hay un romance á Carlos Perier y
Gallego, en mangas de camisa (el romance,) titu-
lado *Las primicias del tú*, que es una maravilla.
Por lo malo.

Como que concluye de esta manera:

“Tiene el usted cierto dejo
De amargura y de acritud....
Y por eso los amigos
Deben llamarse de tú.”

Esto es poesía, lo demás es un cuento.

Bien es verdad que hay que advertir que estos cuatro versos son precisamente los más poéticos del romance.

Pues también hay una oda á Cañete. . . es decir, á la amistad en forma de Cañete, ó personificada en D. Manuel, que. . . ¡no les quiero á ustedes decir nada! . . .

A LA AMISTAD.

A mi querido amigo D. Manuel Cañete.

ODA.

“Del alma *candorosa*
La *sincera* amistad *en este suelo*
Ofrece *generosa*
Con *amante desvelo*
Un tesoro de paz y de consuelo.”

Notarán ustedes que el cuarto verso en las estrofas del marqués siempre es un ripio. En esta es *con amante desvelo*, en la otra era *con ánimo sereno*,

Lo cual no impide que los demás versos de la estrofa sean también ripios, como el segundo. Aquel *en este suelo*, es una especie de pase de recurso, repetido en las faenas del marqués con mucha frecuencia. Casi no hay soneto ni estrofa en que no nos advierta que la escena pasa *en este suelo*. Sin necesidad, porque ya se conoce.

Es decir, sin necesidad racional, porque la necesidad del consonante nunca falta. Siempre hay que preparar el terreno para el *desvelo* ó el *consuelo*, que *suelen* venir detrás invariablemente.

En otra ocasión, dice el marqués en un soneto titulado *Contradicciones*:

“Verdugo soy de la mujer que adoro. . . .”

¿Y lo dice usted con esa serenidad, señor marqués?

Pero no quiero insistir en esto, porque no digan que me meto en la vida privada. Y por la misma razón dejo de analizar otras muchísimas *composiciones* del género íntimo, por medio de las cuales parece que se ha propuesto el autor no tener secretos para nadie.

Ahora, como por ejemplo de la libertad *marceliniana*, ó clásica ó verde que gasta el marqués en sus versos, ahí va esa estrofa. . . .

Pero no, no va; porque hay cosas que ni para afeirlas deben copiarse. Baste saber que la estrofa que iba á copiar y que no copio es tal, que si estuviera en prosa. . . es decir, en *prosa* ya está, pero si estuviera escrita á renglón seguido y puesta en un folletín de *La Correspondencia*, el mismo marqués prohibiría la entrada de *La Correspondencia* en su casa.

Sino que á estos marqueses se les figura que en siendo en verso, aunque sea malo, como casi siempre lo es, ya se pueden escribir todo género de obscuridades.

Como si presintieran que el disgusto producido en el lector por la malsonancia prosáica de los versos, ha de apartarle de todo peligro.

Pues otro día dice que se puso á meditar, en verso, por supuesto, en esas estrofitas que guarda él pa-

ra los casos graves, y lo primero que se le ocurrió
fué lo siguiente:

“Amé como ninguno,
Con la fe y el ardor de *tiernos años*;
Mi premio *ha sido uno*;
Saber que hay *desengaños*,
Perfidia disfrazada con engaños.”

Perdone el marqués, pero esos son lo menos dos ó
tres premios.

Aunque todavía no son tantos como merece.

XIV

Poco ancho que se va á poner D. Ignacio Escobar al verse contado entre los aristócratas!

Aunque el contarle no sea más que para que se
ría la gente de sus tentativas poéticas. . . .

No más afortunadas que sus tentativas oratorias,
por cierto.

¡Y cuidado que las tentativas oratorias del señor
Escobar fueron desgraciadas de veras!

¿Se acuerdan ustedes? . . .

Creía todo el mundo que D. Ignacio José Escobar, el de *La Epoca*, había tocado ya la meta de sus afanes con haber alcanzado un título de marqués, barato, casi de balde, porque es de Valde. . . . Iglesias. Y aunque estos títulos de poco precio, no son de pergamino como los antiguos, sino de papel, que puede ser mojado, continuo ó de estraza, siempre sirven á lo menos para poner la cifra y la corona á dos tintas en ambas portezuelas del coche.